



Joaquín Márquez

Antología poética

El tren desnudo

El jarrón

El viajero recuerda
que aquel jarrón azul que se hizo añicos no tuvo sangre.
Cayó como una flor de lluvia, hasta que el suelo
abrió sus gotas en añil, mostrando
las desnudeces del vacío.

Breve

granada de color, y una estampida de ciegos saltamontes.
Después silencio y barro
en estrellas sin norte —igual que antes
de que Dios nos tocara—. No resultó difícil
congregar su pasmado firmamento.
Cuando alguien, al barrer,
se llevó aquellos trozos desahuciados
sin que se descubriera
el embrión de un grito, giró sobre el instante
un tenue escalofrío; como el ala

de algún presentimiento.
(Quién sabe si la prisa
de aquel momento oscuro se llevó a la basura
un hermanastro azul que no tuvimos).

Regreso

Abre los ojos.
Ya está de nuevo en casa
Una hilera de besos
hace guardia a la sombra del manzano
y una sonrisa grande
le ladra conociéndolo.
En la tierra
del jardín, donde antes florecían
los ojos de los niños,
aún le espera la última comunión del pequeño.
Y el jarrón más azul que la desgracia
está entero en el centro de la mesa,
ofreciendo su vientre de payaso
al aire.
Todo sigue en su sitio.
Pero el viajero no comprende.
Trata de entrar. Abre la puerta.
Y está saliendo siempre de su casa.

Albergue para noctámbulos

Encuentro en la oscuridad

El canto matemático del grillo
pone un reloj de ausencias en la estancia
mientras la noche acorta la distancia
recogiendo caminos en su ovillo.

Grita en la cesta el cráneo del membrillo
desde la vanidad de su fragancia,
sumando a mi ignorancia su ignorancia

con un rebuzno triste y amarillo.

No sé si el fruto o yo estamos despiertos,
pero sé que lo miro y que me mira;
Yorik los dos en tiempos diferentes.

Late en el grillo el pulso de los muertos
cuando tomo el membrillo y —¿quién delira?—
visto su calavera con mis dientes.

Pescador

Llego cada mañana cuando acabo
de recoger mis redes, .pongo el viejo
pez-corazón-reloj tras su aparejo
latiendo todavía. Luego, esclavo

de la costumbre, me desdoble; lavo
mi imagen sobre el agua del espejo
y un mítico naufragio borro y dejo
correr por la riada del lavabo.

Piso firme la orilla. Me despido
del silencioso pescador desnudo
que se queda en las lindes del olvido

Y al sueño vertical que me delata
amarro por el cuello con el nudo
marinero sin mar de la corbata.

La ducha

Hace calor. La ducha. Y apareces
—desnuda claridad— como una espada.
Y me dejas la carne traspasada

cuando a la lluvia, sin rubor, te ofreces.

El agua pone el río y tú los peces.
Yo no sé qué poner. No pongo nada
más que un corvo deseo; una mirada
como un puñal que clavo muchas veces.

Y el agua cesa y se acrecienta el fuego
cuando la piel recorres con cuidado
agotando tu aseo y mi paciencia.

Y miras, y te ríes, y hablas: ¿Luego?
No, luego no, mujer. Ahora el pecado,
que ha sido mucha ya la penitencia.

Etiquetas para pieles humanas

Joven desnuda ante el espejo

No salgas que hace frío.
Deja a la noche donde está. Las fiestas
son un engaño torpe por el que se acostumbran
los cuerpos al cansancio. Quédate en ese aljibe
ahora que eres tan joven, ahora que no hay madrastra
capaz de conminarte a inclinar la sonrisa.
No salgas que han dictado leyes contra la música
de las ondulaciones, y cercenan gladiolos
por todas las esquinas. Que han abierto el olvido
y urgen, con agujeros, la piel de los zapatos.
No salgas. No te asomes al balcón
de ese traje de noche, o se te irán los pechos
a cazar golondrinas por el país del mirto.
Quédate en ese arroyo que se muerde la cola,
que desemboca y nace para ti y tu desnudo.
Deja sola a la noche columpiarse en su miedo.
Deja a los bailarines que desangren sus tangos.
Deja que el whisky archive su pena en los vencidos.
Déjale libre el día a tu ángel de la guarda.
Y sigue duplicándote para engañar al tiempo.

No salgas. No hagas caso de guiños fluorescentes.
Agárrate a ese espejo. Sujétate con clavos.
Si sales esta noche te morirás de prisa.
Que ya están escondidas por todos los rincones
las ancianas que vienen a mustiar los espejos.

Etiqueta para una desconocida que bosteza

El tedio es un aviso. Los ojos tan oscuros
le dicen a la muerte que hay dos puntos y aparte,
y que, aunque luego siga,
la vida se detiene ahora, en este momento.
(El aire halló un estuche donde esconder sus joyas
para escaparse luego, a lomos de un suspiro).
Habla un idioma triste que no es inglés, ni tiene
parecido con otro que sepan las ardillas, las águilas reales,
los cazabombarderos, si acaso los arcángeles
cuando andan de amoríos, o el vientre de la tórtola
cuando empolla capullos rellenos de guitarra.
Todavía no había amanecido la majestad del diente.
Bostezó. Se hizo sueño. Y se perdió de pronto.
Y de pronto aparece soleando el paisaje.
Y habla con las primeras palabras que se encuentra.
Y se toca los ojos por saber si volaron.
Y ya todo en su sitio
y en su lugar la muerte,
me mira y se columpia despacio en mi sonrisa.

La lluvia traducida

Quien inventó el amor

Quien inventó el amor,
creó desnudo el cuerpo
y dio al tacto semillas precursoras.
Imán
para los ojos. Eva lo supo a tiempo;
sólo puede ascender hasta los dioses
lo que perece. Nuca hubiera

servido a la pasión un cuerpo eterno.

Breve viaje al sueño

I

Se muestra nebuloso —torpe niño de arena
concebido en la playa—.
Descubre otro dogal en otra dimensión.
Dejadle. Que otros abran las puertas de las calles.
Que nadie tome un trago de cerveza
hasta saber si nacerá varón
o tristeza de agua o vaso de alfarero.
Ya no encuentra los ojos que tenía.
¿Qué perro le ha comido la mirada?

II

¿Es seguro que el sueño
va a devolver un hombre?
Se marchó confiado.
No extrañó ese camino de cristales oscuros.
La idea, blandamente, la carne, despaciosa,
poco a poco alimentan
claridad de otro espacio. Podría derrumbarse
por una arquitectura vegetal,
por un plinto de garras sucesivas.
¿Un objeto es un sueño que no pudo volver?

III

Abierta la ventana de lo imposible,
una inquietud araña las hormigas
de la mente.
¿Podrá resistir otra noche
esa fría oleada,
lluvia de sensaciones insidiosas?
Hay que esperar paciente,

como cada mañana, que los ojos
vuelvan de nuevo a casa.

IV

Oscuro entró. Ahora gris,
vuelve de un tiempo muerto
—el corazón o pez viscoso, irremediable,
se lo anuncia en el peso y en el fallo cardíaco—.
Ya le tallan las manos. Ya le pintan los ojos.
Ya preparan sus gestos para dejarlo al borde
de aquel naufragio antiguo.
Se despidió de la ciudad dormida
donde reposa el traje —sin condecoraciones—
que lo vistió de célula incolora.
El asombro señala en los relojes
su paso por la magia. Y vuelve.
Pudo llegar por la línea del ángel,
o por la más directa del gusano,
o quedar en el tren gastado de la nada.
Pero vuelve en el hombre.
A toda prisa
se arranca las ortigas de la noche
para que, todavía, no le crezcan
interminablemente.

Un zapato en el suelo entre el orden y el desorden

I

La mirada equivoca;
risas por mueca, besos por carmín,
fuego por luz.
Un punto
visto desde el batracio,
sólo haría aumentar la confusión.
Y seguimos buscando situaciones
definitivas, cuando
ni suelo, ni sillón, ni ropa,
ni zapatos, ni muecas, ni recuerdos,

son más que alguna trampa
en un tiempo, sentido, o mirador, distinto.

II

Una flecha de luz le marca el rumbo
a la mirada.
Ropa
y claridad ocupan el asiento.
Tallado por la mano del ambiente,
el momento se fija, ya infinito.
Una pulsera puede
transformar en su circo los elementos
—sillón con ademanes
de elefante dormido entre las cosas—.
¿Se desordena el mar porque la tierra gira?
Poco a poco, las luces van cubriendo objetivos
hasta alcanzar los límites.
Sobre un zapato olvidado en el suelo ¿quién diría
que pudo alzarse el trono de un cadáver?

III

Cerca de la ventana hay ropa.
Una pulsera
dio santidad al rostro del asiento.
El caos tiene un orden en el instante.
Abrigo
que ya se ha desvestido de nosotros.
Siguen recuerdos telefoneando —¿aquel zapato
de Cenicienta se perdió en la magia?
¿Quién desciende? ¿Quién sube?
Al otro lado viven los murciélagos;
si desnudas un pie, allí lo visten.
Esta duda es vivir. Hay que agarrar
la rama del instinto.

IV

La ropa allí. Ventana
diciéndonos sillón. Por el zapato

¿sabemos que hubo un pie? Al menos tuvo
alguien su referencia. Todo va sobre un punto
y aparte en el espacio.

El túnel se oscurece hasta hacernos perder
el rumbo. Abrir los ojos es igual a cerrarlos;
la duda maestra es de la ignorancia.

¿Decimos, fin? Ya estamos al principio.

V

Una flecha de luz

¿ocultará el camino a la mirada?

Llamad urgentemente a los periecos
el mar se va a caer y no lo saben

¿Tienen allí

su verdadera sombra nuestros cuerpos?

¿Circulará también la sangre por la izquierda?

El zapato es ahora un puntapié de duda.

¿Cómo encontrar el orden entre tanta
confusión y verdades tan distintas?

La aguja sobre la piedra

Puerta del perdón

Lllaman. ¿Quién va?

La sombra

ha posado sus dedos en el amplio

aldabón. Almohades

son los ecos que rizan las piedras y sostienen
tensas las bridas

del siglo XII, aquel terco y ruano.

Amigos son el bronce y el alerce

bajo el anillo que desposa al viento.

¿Quién va? ¿Quién va? La sombra;

un reverso de luz que hace medallas

y escribe y no repite

el nombre de Allah en vano.

Sombras, sombras.

Preguntas sin respuestas; dardos fríos
contra la eternidad.
También es ciego
este alarife que reparte gloria
y se sujeta al muro soportando
la embestida del tiempo y sus achaques.
No vencerá el cristiano. Esta batalla
la ha perdido el rey santo contra Allah.

Virgen de los Reyes

Siglo XIII

Locos, pobres, tunantes,
cornudos, sifilíticos, borrachos
—la Virgen de los Reyes
ya aparece en la puerta de Los Palos—,
mudos, verdugos, viejos,
mendigos, invidentes, maniáticos
—la Virgen de los Reyes
le deja al sol de agosto usar su manto—,
enanos, drogadictos,
negros, negreros, ricos, cojos, mancos
—la Virgen de los Reyes
lleva al hijo de Dios en su regazo—,
tramposos, seducidas,
violadores, violentos, desahuciados
—la Virgen de los Reyes
está enseñando a Dios a abrir los brazos—,
herejes, prostitutas,
blasfemos, judas, inclementes, sátiros
—la Virgen de los Reyes
tiene un hijo que sabe hacer milagros—,
lesbianas, sodomitas,
masoquistas, rufianes,
asesinos, coléricos, ingratos
—la Virgen de los Reyes
va levantando un palomar de aplausos—,
cojos, mudos, mendigos,
viejos, pobres, borrachos,
sordos, blasfemos, ricos,
seducidas, enanos,
herejes, prostitutas,
lesbianas, locos, santos, santos, santos

—la Virgen de los Reyes
vuelve a cruzar la puerta de Los Palos.

Matusalén

Enrique Alemán, 1483

La imagen del anciano en el cristal
cumplió ya cerca de quinientos años
y sigue delicada y transparente.
¿Halló
el maestro vidriero aquí la fórmula
para la eterna juventud? Si fuera
así, escogió un modelo bien probado.
No en vano el patriarca
fue centenario —cuentan— nueve veces.
Pero si acaso el tiempo hubiera decidido
la eternidad para esta imagen,
no os dejéis engañar; sólo estaría
mostrando eternamente, sobre un viejo
reproducido en vidrio,
la condición de todo lo creado
que aún permanece: su
fragilidad.

Llave

Sacristía Mayor

Según la tradición, ésta es la llave
que el rey moro Axataf
entregó al rey Fernando.
El hierro aquí
no es importante;
nunca abrirá una puerta. Y, sin embargo,
si esta llave no hubiera
sido entregada en las reales manos
de Fernando III, ahora las piedras

de la gran catedral serían otras
y estas líneas, un hermoso dibujo
como el que está en las guardas de esa llave.

Inmaculada Concepción

«Piu vale la tua gamba che il mio San Cristoforo»

(M. P. de Alesio a L. de Vargas)

Mirad cómo la Virgen se levanta
sobre el frondoso árbol genealógico
que, en el Edén, fundaron con caricias
nuestros primeros padres. Contemplad
a los santos patriarcas componiendo
sus ramas firmes,
a Eva
con el pecho desnudo —se presiente
la leche tibia y fértil— junto al cuerpo
musculoso de Adán.
Pero prestad
atención a esa pierna
de Adán que Luis de Vargas modelara
con la delicadeza
de quien sabía adonde nos llevó.
Ved que no está pintada en posición de fuga.
Aparece en el cuadro
para mostrar al mundo, sosteniendo
el edificio de la fe y el arte,
cómo pudo un pecado
ser abuelo de tanta maravilla.

Santiago en la batalla de Clavijo

Juan de Roelas, 1609

Una vez y otra vez alza la espada
Santiago.

Las cabezas
sarracenas, maduras de terror,
ruedan bajo los pies de los caballos.
El tajo ilustre aparta
miembros, divide cuellos. Por la tierra,
la sangre saca moldes a la herradura.
El grito
y el asombro conmueven las filas mahometanas.
¿Quién es este demonio?
Milagrosa es la escena. Respóndeles Allah.

Inmaculada con el retrato de Miguel Cid

Pacheco, 1620

Inmaculadas hay en este templo
de estilos varios. Todas
van sobre otras figuras apoyando
su majestad. Algunas
son de artistas anónimos; sus nombres
pasto de olvido fueron. Otras llevan
firmas egregias: Zurbarán,
Murillo, Luis de Vargas...
Pero hay una
Inmaculada singular. En ella
Miguel Cid —fue poeta, hoy desterrado
de las antologías— aparece
con sus versos camino de la gloria,
adonde ya llegó por mano de Francisco
Pacheco y con la Virgen de intercesora. Así
cualquiera.

Adán y Eva

Duque Cornejo. Armario Sacristía Mayor

De una madera noble.
Había árboles,

sin duda, en el Paraíso
de tan buena madera como ésta,
pero los dioses son
caprichosos; todo lo hacen
porque sí.
Adán y Eva prevalecen
sobre una puerta y son hermosos.
Abrid, dioses, abrid. Probad de nuevo.

Crucificado de marfil

Alonso Cano. Sacristía Mayor

Debió ser una historia de sangre —perseguido,
la jauría detrás, el rastro denso,
la inmensa vida, el corazón buscando
un hueco, el barritar del miedo, la esperanza
de escapar por la fuerza,
el acre olor del hombre, la misión
sagrada de un colmillo incomprendida.
Nadie
consultó su deseo.
Fue
pedestal de milagro, mas lo cierto
es que debió morir como no quiso.
Alguien una mañana o una tarde
puso frente a sus ojos toda la muerte junta.
Y ahora el crucificado
que al mundo vino por salvar al hombre
tallado en su marfil se muestra al mundo.

Sacristía Mayor

Tras el cristal de la vitrina pueden
verse tablas, arquetas, cálices, medallones,
cruces y urnas, en oro, plata y piedras preciosas.
Contienen las reliquias de: San Bartolomé,
San Félix, Santa Bárbara,
San Isidoro, San Leandro,
San Tadeo, San Blas, San Pedro, San Lorenzo,

San Servando, San Agustín, Santiago
el Menor, San Germán,
San Laureano, Santa Rosalía,
Santa Úrsula, San Agapito, San Teodoro,
San Celestino, una
de las once mil vírgenes y el brazo
diestro del Papa San Clemente.
Todo
es parte del tesoro
que se fue acumulando año tras año
y que un mal día
se ha de perder. El día en que una voz
ordene la reunión de la ceniza.
Si no ocurre un milagro.

Seises

Poniendo gracia en sus pies,
con diez peones de lujo
juega Dios al ajedrez.
Hay alfiles y caballos
en el tapiz que los seises
van tejiéndole al espacio.
El Rey está en todas partes.
Y la Reina vigilando
desde todos los altares.
¿Quién va a ganarle este juego
si es suyo el tablero y suyos
son también los movimientos?
(Al salir, nos vuelve a dar
jaque mate con la torre
que guarda su catedral).

Han llegado los bárbaros

Han llegado los bárbaros.
El grito
recorre la ciudad.
Una corriente eléctrica sacude
el espinazo de diez mil caballos, cuando Ataúlfo
al frente de sus huestes se detiene
ante las piedras que el verdín corea.

Suevos, alanos, vándalos, gente del Norte —todos
de algún norte serán, pues todos hablan
con voz de intensa lluvia—, van dejando
aurigas y caballos, previo golpe
de billete contado receloso,
a la puerta. Desfilan,
renqueantes algunos, tras el jefe
que empuña un yes con filos y señala
la cueva con su inri de cincuenta pesetas.
Bonifaces
muros dan acogida al gres de asombros
con que adornan sus rostros. Y, despacio,
la tierra conquistada ya penetran y apartan la penumbra
condescendientes con el siglo XIII.
She is the Virgen de los Reyes. Oh.
She is the Concepción Inmaculada.
Revoloteo —manos que comprueban en el bolso y suspiros
de alivio. No forgotten la píldora—. This is
the Custodia; trescientos
kilogramos de plata nos contemplan. Here's Colón
que fue y volvió cargado de tinieblas
en su quinto viaje. Ah, San Fernando
...quebrantó y destruyó a sus enemigos...
No le temáis, infieles, que hoy descansa.
Volvamos por la puerta de Los Palos.
Si hay suerte, algún suicida
ofrecerá su número excitante.
Y los bárbaros salen deslumbrados por un sol de justicia
que pone precio —en oro— a sus cabezas.

Luna en cuarto menguante

La torre ha vuelto al Islam
hoy que media luna brilla
sobre el viejo pedestal.

Noticia

En los cimientos
de la que fue esplendor de cristiandad,
antes de que viajáramos a lejanas estrellas
y se helara por días el corazón del mundo

XLIII —hace un millón de lustros—
se han encontrado restos.
Aquel hombre
que preparaba trampas hermosísimas
para atrapar a Dios sin conseguirlo nunca,
el mismo que aún debía soportar
el lastre de su cuerpo, hoy nos ofrece
una enternecedora herencia.
Entre las piedras
de la que fuera excelsa catedral
en el viejo planeta, se han hallado
restos que le pertenecían.
Un sólido antebrazo —ha resistido el curso
de átomos y milenios— se conserva; en él puede
leerse todavía la inscripción
de un nombre, de mujer posiblemente.
Y era un hermoso nombre: MADEINUSA.

Todo mortal

Noticias de Abdelaziz

Alah, mira a este hombre que reza la oración
del alba en la mezquita sevillana.
Hijo de Muza el vencedor y esposo
de la dulce Egilona (oh, viudedad, antes Rodrigo y hoy...).
Mira cómo levanta hasta la frente su mano poderosa,
cómo rinde los labios, que sorbieron placeres
al nocturno yacer, sobre la piedra en homenaje a ti.
Contéplalo, oh, Alah, que Ixbiliah
madre es ya de este príncipe
árabe enamorado. Y está a tus pies.
Admira esa cabeza elegante y altiva,
que, allá en Damasco, será el presente regio
que reciba el califa Suleimán
en tu nombre.

¿Quién podría acusarte?

Ay, doña Juana de Ponthieu, lozana
hembra, de puntiagudas
y repetidas cumbres, manifiestas
bajo el cuidado arte de la seda.
París
te reconocería; talle
santificado el tuyo por la mano
del rey Fernando, muerto y enterrado.
¿Quién podría acusarte
de haber pecado —esbelto el mozo, tañedor
de sutiles bordones, poco dado
al incienso, rampante
cachorrillo real sobre tu falda—?
Alfonso
décimo, hijastro
también mas comedido, se entretiene
con el verso. Y la luna que contempla es tan fría
como el cadáver de tu esposo.
Tú
no tienes vocación para el martirio,
ni naciste mujer para ser virgen, pues sabes
que corrupta es tu carne y que mañana
no admitirá contemplación sin lástima.
¿Quién podría culparte
de que ofrezcas tu cuerpo, ahora que puedes,
a la veneración?

Cerco de Granada

Corre el rumor igual que una serpiente,
por un convento de clausura, corre
y tropieza con pasos asustados,
con gestos desmedidos, con revuelos
de faldas.
Federico,
ese que era poeta y nos contaba
cómo puede la sangre desmantelarse, dicen
que ha muerto. Y era tan joven.
Genio
de la palabra, mágico destilador de imágenes.
Y eso qué importa ahora, era tan joven.
(Las huestes católicas ya entraron
en la ciudad. Parece que Boadill
se ha marchado llorando de Granada).

Muerte de Veneno

El trece de diciembre
de aquel mil ochocientos treinta y dos
fue casi martes pues colofón se puso
a las obras completas de los Siete
Niños de Ecija.

Veneno,
en hábito amarillo —como pócima
para ojos inocentes— ascendía
al cadalso; su nombre
mortal sería de necesidad.

El pueblo
arracimado frente a tal solsticio
de invierno, condensaba
la mirada en el rostro —el gualda sólo
se pintaba en el lino, pues su cara
era carbón de Sierra Morena.

Se contaba,
con un siseo tembloroso,
toda la hazañería del bandido. Aquel
era el gran matador, felino agosto
de la comarca.

Bajo
la rápida presión del torniquete,
el cuello se hizo talle de lirio consumado.
Y un suspiro de alivio surcó la multitud
para consuelo del verdugo.

Aquí
se terminó la historia de Veneno,
dijo el memo de siempre.

Substancia fugitiva

Ha pasado

Ha pasado elegante, firme sobre sus piernas,
con un ritmo de jaca tras las riendas del bolso.
Morena como el alma
del mazapán, viste de arco voltaico

y deja con sus huellas catedrales de chispas.
Ha pasado, imantada la cintura, colgando
su sonrisa en la tarde, sin que una sola sombra
le consiguiera el sol componer en la acera.
Qué importa que no hable, que no me ofrezca nada,
si mueve y le maduran las manos en el aire
y hasta mí llega el tacto.
Ha pasado. Ha pasado
como un tren sin viajeros,
fantasmalmente hermosa, las luces encendidas.

Cima de la Tour Eiffel

Debo ser muy estúpido;
estoy al borde
de la inmortalidad —sólo un pequeño
p
a
s
o— y no me decido.

Encuentro

Ibas posiblemente a alguna cita;
el pelo presuroso, los ojos ya llegados
—¿cómo hubieras podido reconocerme?—. Al verte
me sentí duplicada la memoria.
Fueron cuatro estaciones de metro; las que miden
Stalingrado y Chateau d'Eau —en el agua
se me perdió tu imagen, como siempre—. Saliste
de aquel vagón de metro sin mirarme
y tus manos de música siguieron a tu lado
como gemelas tontas.
Comprendí que eras tú porque al instante
reconocí tu ausencia. Pasó todo
como en un mundo ajeno, como en el sueño de otro,
pero qué me importaba. Tú, vestida
de ti, sentada enfrente, en aquel metro de París estabas
repitiendo la historia. Si no me conociste
fue porque eras muy joven para aquellos recuerdos.

Aeropuerto de Orly

Llegabas coronada de presagios
hermosos, bendecida de tarde. Y allí, en medio
de aquel salón, cargada de un maletín y de los ojos,
iniciabas la cuenta atrás de los abrazos.
Venir despacio a mí, fue tu triunfo;
después pude partirme la cintura.
No sé si el maletín, pero tus ojos
los llevé yo. Ese luto
aún me viste de insomnio por las noches.
Aeropuerto de Orly. Mil novecientos
ochenta. Enero. El día importa poco;
no tuvo muchos días ese año.

Sacré Coeur

Nos arañaba el pecho una guitarra,
allá, en aquella cima.
Eran las seis
de la mañana en Sacré Coeur. París,
tendido a nuestros pies, llegó devuelto
por tus ojos de dóberman; sus luces
me miraban.
Herido
por aquella sonora cimitarra,
contigo al lado, contemplé las piedras
que a eternidad llamaban inútilmente. Nadie
quiso abrirnos las puertas.
Era el séptimo día
de tu estancia en París; Dios descansaba.

Cave du Cardinal Paf

Las llamas se burlaron de nosotros
desde los férreos candelabros. Cave
del siglo XVI; mucho era
el alcohol y era mucha la pasión contenida
(estuvimos a punto de hacer arder París).

Anciana cave, donde se detenía el tiempo, a veces,
y nunca el vino, donde fuimos incienso conducido, lúpulo
del tacto, extremaunción constante.

Gestos,
caricias y palabras,
se hundieron en las sombras movedizas,
se nos mezclaron con el polvo antiguo,
y hoy celebran también su cuarto centenario.
Cave del siglo XVI, donde nada
nos podrá conmover, donde seremos
el frío de otras voces, la evidente
indiferencia, el paso de la cera que ardió.
Consumida emoción que he pretendido
resucitar aquí, sin recordar
que aquella noche arrojamos la llave
de la locura al Sena.

Place Pigalle

Aquí, donde desvisten sus cuerpos las muchachas,
he venido a llorar hoy, muy temprano.
Es una forma de decirte adiós
y buscar un consuelo en los desnudos
que nunca amé.
Ya pasan. Van con su maletín
de baratijas mínimas y urgentes,
como quien va a la plaza con su cesta.
Pasan y me sonríen. Echan un anticipo
en mi gorra de pobre; una sonrisa con sedal. Y tiran,
suavemente al principio, luego con
toda su fuerza, que no es mucha.
Tengo
dolorida la boca, porque nada me dicen
sus cuerpos presurosos. Van pasando seguras,
hoy todavía vírgenes
—es tan difícil esa profecía del sexo—.
Y vuelven por la esquina donde sigo esperando.
Y no me dicen nada porque me ven dormido
sobre las azaleas de tu carne marchita,
más anciana que todas sobre el caballo loco
de la distancia.
Aquí donde desvisten
sus cuerpos las muchachas, me quedo
por si acaso también pasara tu cadáver
y, al ir a desnudarlo, me hicieras una seña.
Y aún nos quedara tiempo.

Reloj

No espero nada y sin embargo miro
el reloj;
útil de envejecer que llevo puesto
como una joya.

Déjeuner sur l'herbe

¿Qué haces ahí desnuda sobre la hierba como
una lámpara?
No es de noche,
ni entienden mis amigos de claridades. ¿Sueñas?
Lo hubiera imaginado sin que tú lo dijeras. Ya sabes,
últimamente sólo por el sueño
coincidimos en sitios como éste.
Entra a vestirte; deja caer alguna ropa
sobre tu piel, pues pronto vamos a despertarnos
y hará frío.

Epílogo bajo un chaleco de punto

Ha pasado bastante tiempo, tanto
como para que aquel eterno amor quedara
reducido a cenizas. Y, de pronto, hoy —ya invierno—,
gracias a tus hermosas y diligentes manos,
compruebo que un calor de esa fecha
sigue intacto en mi vida.

Cristal de Bohemia

LLEGABAS CON LA PRISA

de quien socorre a un niño.

De pronto aparecías por un roto de tarde,
igual que si vinieras veinte veces de un golpe.

Y en mí te serenabas. Colgaduras
conspiradoras (delicadas sedas
compradas en bazares somnolientos)
cercaban aquel íntimo jardín de las delicias.

Sobre una silla urgente
tu vestido caía devanando la gracia.

Después llegaban pájaros de sombra
a los almiares cálidos de las sábanas.

Cuerpo

a cuerpo, hasta la muerte —sin saberlo; tal vez,
buscándola— luchábamos. Y heríamos,
saboreando cada dentellada.

Héroes de una venganza consentida,
fanáticos de aquella desmesurada religión, tomábamos
cada debilidad como una fortaleza inexpugnable.

El estremecimiento de tus pleamares piernas infinitas
y una jauría de agonías lentas
anunciaban el doble suicidio consumado.

Después

alguien entre las sombras decretaba
una resurrección que no entendíamos.

ME OFRECÍAS TU CUERPO

como se ofrece pan a un pobre. Yo, temblando
—siempre avaro de ti—,

lo tomaba y lo iba devorando a la sombra.

Y ahora no sé qué gesto fue más torpe.

Tal vez aquella dicha

murió entre mi avaricia y tu largueza.

EL MAR

luchaba con tu risa.

Levantaba su verde escalinata

y mostraba tu rostro allá en lo alto,

medalla y contrapunto de la espuma. Después
te dejaba venir hasta el abrazo, siempre
con frío,
como si se cobrara aquel paseo
que te hacía reír con la tibieza
de tu cuerpo reciente y me ofreciera
—ya entonces— su memoria.

OH, MAGIA SIMPLE DE LAS COSAS.
¿Recuerdas
las velas que encendimos cuando el cuerpo
también se consumía? Están aquí,
oliendo todavía a carne por besar, a corazón
desenterrado. ¿Aspiras el aire de aquel tiempo
cuando te nombro? Pude haber sacado entonces
un molde a tus caricias. Ahora vive
esta dócil materia sus razones a oscuras.
Y hace frío. La llama aún podría encenderse;
de aquellos días nos sobró esta cera,
¿o nos faltó esa vida?

Fe de erratas

En la agenda de Alfonsina Storni

32 27 18

24 60 31

19 40 27

33 16 54

35 14 23

(Ninguno era el amor)

El hilo oscuro

Es seguro que dieron esa orden
(hay dudas sobre si fue el alcalde, o el jefe
de policía, o el obispo
de Orleans), pues había razones suficientes
para el bando (blasfemo, asesino de clérigos,
capitán de bandidos, gustador
de ajenas propiedades, condenado
al látigo, al destierro...). Era preciso
dar cuenta a sus paisanos, mas lo extraño
es que hasta cinco siglos después de aquellos hechos
no surgieran carteles del tamaño de un hombre
poblando las esquinas de la ciudad, y el texto
es más extraño aún, dice: BALLADE
DES FEMMES DE PARIS François Villon

Tras el último sueño

Igual que si acabara de tropezar, levanta su estatura,
sacude el polvo que su piel excede
y se apresta a saber quién lo convoca.
Todo es de luz, mas no le han secundado
sus anteojos; mira turbiamente
el diamante purísimo en que el cielo
y la tierra se aúnan. Por su nombre
le llaman y él acude,
aun extrañándole el lugar y el hecho
de encontrarse desnudo, a la llamada.
Benvenuto Cellini siente que toda su vida pasa
por el revés borroso de sus ojos
ante el ser de flamígera tizona
que al corazón le apunta, mientras oye
sólo el duro rigor de la sentencia.
Por un instante —ya sin tiempo, eterno—
parece que va a hablar, mas se detiene,
mira al fulgor intenso que lo enfrenta
y, dando un paso atrás, pone distancia
entre él y el doble filo que su pecho
señala, y grita con insensata decisión:
¡Mi espada!

Coincidencias

Aunque Rimbaud escribió una temporada
en el infierno y Rilke los sonetos a Orfeo
aunque los dos fueron inquietos
viajeros y algún tiempo
gastaron al unísono aunque Rilke
utilizó el francés en sus poemas
no consta
que se encontraran nunca sin embargo
hoy yacen
sobre la misma página de las enciclopedias
y una palabra los separa
rima.

Un sueño de Edgar Allan Poe

Edgar Allan Poe
soñó que había muerto; asistía con cierta
curiosidad a la incineración de su cadáver.
Vio cómo sus cenizas se arrojaban al río Potomac.
Dentro del mismo sueño, un gran salmón
engulló aquella pasta gris que el río acercaba a la orilla.
Hasta muchos meses más tarde,
cuando invitado por su tío John
almorzaba en el puerto y una espina
de salmón estuvo a punto de ahogarlo,
no vino a su memoria aquel extraño sueño.

La camisa

Cuelga en la percha igual que una bandera
desahuciada; no hay aire
dentro o fuera que mueva esta reliquia.
Quieta como el fantasma de un armónium,
a veces deja oír algún gemido. El miedo
sigue escondido en ella (el mismo miedo
que un día hizo temblar a Federico),
mirando por los ojos transparentes
de los seis Polifemos que la habitan
a la altura del pecho.

Competición apasionada

Se ha hecho un hondo silencio en el estadio.
De la Cruz se santigua presto al vuelo,
Garcilaso, tensada la ballesta
del músculo, dispone el corazón. Quevedo
palpa la pista de ceniza donde
posa los pies —el frío
ha empañado sus anteojos.
Se oye
—¡Preparados!— la voz
de Larra
unos segundos antes del disparo.

Plantaciones de lúpulo

La casa

Hoy te sentías solo y has querido
volver de nuevo a casa,
no a la fotografía ni a su museo de cera,
sino a la casa donde tu madre debe estar
preparando el lentísimo camino
del aceite en el pan y los tazones
de leche frente al alba.
Y has llegado a la puerta y, de pronto, el dolor
se te sube a la boca, porque todos los besos,
con zumbido de avispa,
te los da la memoria. Se ha disuelto
aquel oro en un tiempo de mercurio, y la ausencia
es el más trágico color. Caminas
por la casa temblando; vas como un alma en pena,
como un ladrón que no encuentra las joyas
y lo revuelve todo. Y sabes que es preciso
que insistas, que recorras
la vieja casa hasta llegar al fondo;
deben quedar las voces, el olor
del espliego, la lumbre
de un cigarrillo haciendo madrugada,
una queja siquiera, pues todo hace un instante
estaba ahí. Y caminas

con desesperación —¿quién va engañarte?
Pero no encuentras nada, ni lo más evidente,
ni un suspiro. Y te aterras, y quieres escaparte;
corres por los pasillos, saltas por las ventanas,
sacudes los espejos, pero eres un ladrón
que no encuentra la puerta para salir del sueño,
un ladrón inocente al que han desvalijado.

Jardines de Murillo

Aquí, en estos jardines, me sorprendió el desastre;
aún sigue la montura de cartón asustada
y conserva el fotógrafo luces de aquella tarde.
Las flores no recuerdan aunque andan de puntillas
todavía y columpian disparos en el aire
junto a la cadavérica tez de los fusilados.
Son los mismos jardines donde buscó mi padre
su sombra compañera; de esa otra guerra tengo
una herida que nadie ha podido curarme.
El álbum de familia me contó algunas cosas
pero las más terribles me las contó la sangre.
Algunas veces sueño que vuelve aquella guerra
y corro entre las flores. La mano de mi madre
me conduce segura camino de la casa,
tan segura me lleva que temo despertarme.
Aquí, en estos jardines, me sorprendió la vida
mientras la muerte andaba descalza por las calles.
En los muros cercanos, donde hoy trepa la yedra,
tocaban los fusiles un solo interminable,
y los hombres caían con música en el pecho;
algunos corazones aún se ven en los árboles.
Aquí, en estos jardines, se refugiaba un niño;
él fue de los primeros que cayó en el combate.

Misioneros

Llegaban
cargados con sus fuegos, trompetas y altavoces,
como barcos de velas enlutadas.
Y el espacio incendiaban frente al ajusticiado
en la cruz. Por un beso el infierno.
Y los huesos de Bécquer temblaban en su tumba.

Me empuja dulcemente la mano de mi madre
—oigo un rumor: sus alas
arcangélicas— hasta el reclinatorio,
ante aquella señora bondadosa en su trono
sin que atreva mis ojos con tanta majestad.
Rejas y rejas guardan misteriosos leones;
sólo el rugido suena desde las catacumbas,
mientras santos y mártires se reparten los vanos
del altar y del lienzo. A través del cristal,
como una primavera de sangre contra el surco,
brilla la tierra prometida. Duerme el alabastro,
se consumen los cirios.
No encontrando enemigo
las voces palidecen. Hilando ausencia y piedra
consumen las orugas unas briznas de gloria.
Nadie arriba. Los ángeles se cuelgan inseguros
de sus pesadas alas y anochece de prisa
mientras el aire tiembla con un brillo de espadas.
La eternidad comulga sobre el reloj parado.
Y salgo del pulmón ajeno que me oprime
a respirar conmigo, buscando el resplandor
de las calles desiertas, dejando solo al hombre
que teje mariposas en un rincón oscuro
girando sobre su eje como un planeta ebrio.
No, no haré penitencia; no la haré hasta que sepa
adónde va la fuerza de los que mueren jóvenes.
Y aún camino con miedo a que pueda caerme
un rayo en la cabeza. Dejo sola a mi madre
con su índice en los labios, con su velo de fiesta,
arrodillada humilde, cierta de hacer diana
con su rezo, entre monjas, como un débil jilguero
rodeado de albatros, vigilándome ya
desde el próximo vuelo.
Llegaban misioneros
cargados de altavoces, con sus fuegos terribles,
con sus ojos pesados, con sus manos movidas,
como hachas de abordaje.
Procesiones de niños temblorosos mirábamos
aquel infierno próximo, aquella lluvia de astas.
Y el cielo estaba siempre donde estaba mi madre.

Una fecha en la agenda

Siempre es invierno en el recuerdo.
Acaso
una antigua sonrisa que apenas da calor

a la estancia, suaviza sus rigores,
mas hoy no aparece su irónico visaje.
Y ya no importa si fue mayo; ahora
duerme aquel tiempo envuelto en su perfume
o cámara sellada del instante
como un indiferente faraón.

En mi agenda
está escrita la fecha como la última cifra
de un epitafio; torpe
anotación que nunca resucita
ni el color de sus ojos ni su voz de melaza.
Aún aguantarán firme la espadaña
del convento cercano,
y la torre, y el cielo. Y puede que
existan su vestido y los zapatos
que llevaba. La cinta
con que anudaba sus cabellos debe
continuar allí, junto al macizo
de azaleas, cumpliendo
con sus deberes de serpiente.

Siguen
las cosas en su sitio, no se alteran
por una herida, a menos que haya sangre,
ni se dejan vencer por un adiós.
(El recuerdo debió ser un ensayo
juvenil; un anciano jamás prescindiría
de las tres dimensiones).

En mi agenda
está aquel día, inútil para otra primavera,
como la última cifra de un teléfono
que nadie marcará.

Retrato de mujer

I

Hoy me resultaría
fácil reconocerla por aquellos
ojos que el fuego volvía inhabitables,
donde el crimen se levantaba estatuas,
o por su paso elástico de domadora en celo.
Pero la juventud
tiene limitaciones por encima
de la cintura, y era

tan hermoso ofrecerle el sacrificio
de las alas.
Su cuerpo era una larga calle
dedicada a mi frente, y ardí en aquella calle
con mi mejor suicidio.
Un murmullo de prendas
interiores y risas apagadas
eran el rezo, el himno
que se elevaba al sol. Aún no comprendo
la indiferencia de los astros, fríos
en sus jaulas de oro
mientras el campanario de mi pecho llamaba
a rebato y ruina.
Extraño caso
aquel; cómo explicarse
mi avaricia cuando ella no lucía
más joya que su cuerpo
desnudo. Es cierto que pagó
bordándome las sábanas
con sus saltos lascivos
e invernando en mi carne ataviada
de relámpagos.
Sobre
la mesa, donde iba su palabra
mezclándose al sabor de la fruta mordida,
aún conservo la cesta de guardar corazones,
y está vacía.
Quise
buscar su más allá, quise la frente
más alta de su frente, la palabra
de su palabra, el polen
de luna candeal que me dejara
enjoyada la piel de eternidad. Bendita
inocencia: ignoraba
cuánto trabajo da luego el olvido.

II

El cielo es un desván de marchas fúnebres.
Arriba, en lo más alto de los límites,
están las alas de los que ascendieron.
Y ella se acerca en la canción del óxido
y en el temblor de los cipreses. Ella
que llenaba de fiesta los espacios
y daba forma al mundo del silencio
cuando miraba al frente. Dónde están
aquellas tibias manos que, cerradas,

eran dos corazones asustados
y, abiertas, le robaban a la luz
las diez constelaciones de la gracia,
cuando las perlas daban sus burbujas
a los redondos mares del champán
y en el breve mantel nos defendían
de las sombras mil lunas infantiles.
¿Dónde quedamos muerto?
¿Quién nos conoce ahora sin que un nombre
identifique al tacto aquella piel
que ampliaba la sonrisa?
Hoy viste mis sentidos de luto con su abrazo
desheredado, hermana de la lluvia.
¿Y fue el pecho un altar donde la hostia
de la emoción temblaba entre las manos?
¿Con qué voz? ¿En qué plata sucesiva
grabar la invocación? ¿Qué maleficio
conjurar si los dioses desertaron?
Qué próximo el infierno cuando se mira atrás.

III

Tú eras para sentirte, para andarte
como un sendero de impacientes pájaros,
no para reclamarle a tus raíces
una verdad sin flores. Fuegos fatuos,
espejos criminales donde el aire
nos fue difuminando (no es la muerte,
sino la decadencia, lo más triste).
Ni siquiera aprendimos a ponerle
cadenas a aquel tiempo, y ya es recuerdo,
es decir, nada. ¿Nada? Un golpe bajo
al que la suerte ha vuelto indiferencia
pues pudo hacerlo odio. Nada nuestro
queda de lo vivido. Y no es posible,
nos dice la razón, esa ramera
que se acuesta con todos los que sufren
por motivos tan nimios.
Son los dioses hostiles
a que los palpen sobre un cuerpo. Acaso
nos debimos quedar allí prendidos,
como dos mariposas traspasadas
por el mismo alfiler, tentando al cielo
a castigar de nuevo, a repetirnos.

Hablo de tres amigos y un poeta de mármol

«Suceden cosas muy quietas»

(A. Fernández Cotta)

Hablo de tres amigos y de una larga tarde.
La ciudad era entonces más alegre; los años
duraban mucho, y poco duraba la tristeza.
Hoy puedo ver partículas de esas horas vividas
en el calidoscopio de la memoria; gestos
como breves relámpagos, palabras
entrecortadas, pasos que se traga la niebla
como al día siguiente de una gran borrachera.
Y no bebimos tanto, al menos no bebimos
como si acompañáramos a un condenado a muerte.
Hablo de tres amigos y de una larga tarde
propicia a la locura, donde eran los caminos
herencia del azar (pasó junto a nosotros
una mujer con música, el mundo en la cintura,
sin que se deshojaran sus pestañas de seda).
Las copas de champán nos midieron las horas
con alas de clepsidra y no lo comprendíamos.
Hablo de tres amigos, y un poeta de mármol,
profanando el jardín donde el cortometraje
de un suspiro extendía su desmayo a la piedra.
Enfrente el árbol daba su sombra como un fruto,
descifrando en silencio la entraña de los pájaros.
Para saber la edad de un hombre también hay
que derribarlo.
Miro
por la rendija del recuerdo, acudo
a los mismos lugares, desentierro
una sonrisa de metal, un ánfora
que ya no se cimbreo, una moneda
con fecha. Son los únicos vestigios
de aquella raza alegre,
de aquellos pobladores.
Hablo de dos amigos
y de una larga noche.

Retrato de amigo

«Ved la complicidad de las estatuas»

(José Luis Núñez)

Como los búhos miran; los muertos no preguntan.
Quedan quietos de pronto, pierden el sol. Camino
detrás de un ataúd más asombrado que triste.
Cuéntame alguna cosa que me despierte.
Suenan
un corazón, o una campana acaso,
como un tren que circula
en todas direcciones. Voy andando
detrás de un ataúd como quien duerme
atravesando un bosque.
La muerte de los otros
siempre ocurre en domingo.
Alguien me dicta un verso
que no entiendo, aunque aguanto
su sílaba en mi hombro.
Escucho su palabra; su corazón escucho;
sendero, primavera, mano, sollozo, niño.
Voy mirando las cosas con los ojos de un muerto.
Sobre el hombro sus trajes, sus libros, sus corbatas,
sus confidencias llevo.
Cuando voy a llorar
me lo encuentro riéndose. Era sólo una broma;
él viene y me saluda, me pone sobre el hombro
(sobre el hombro) la mano, se ríe como un niño,
me pregunta por éste, por aquél, por mi vida,
y no sé qué decirle porque no me la encuentro.
Voy con un ataúd corriendo por el campo.
Debe ser una herida pequeña este dolor
porque no sangra.
El cielo se ha vuelto tan azul
que temo una desgracia, pero todo está en orden.
Bailan los pardos gorriones su minué descarado,
las mariposas llevan de seda las entrañas,
y en las enredaderas verdean los gemidos.
Todo está en orden. Brillan los rostros sudorosos,
el polvo apenas toca la piel de los zapatos,
y los cipreses cuentan altas nocturnidades.
Con sus ojos abiertos y amarillos contemplo
lo que ocurre: un teatro. Es eso, era un teatro.
Los aplausos se oirán dentro de unos momentos,
cuando acabe esta escena. Y nos iremos juntos
a tomar unas copas, mientras alguien nos cambia

deprisa el decorado.
Por favor, quiten pronto ese ataúd de en medio.

Clave de espumas

El pozo

Me asomo al pozo y puedo ver al niño
que en el fondo quedara como un rey
en su moneda. Brillan
las antiguas pupilas acusándome
de abandono, y la yedra pone cabellos largos
a mis remordimientos.
Como en un cuento amable
donde ayer regresara, seríamos felices
si él viniera conmigo o yo le diera al agua
mi crecida presencia. Pero el pozo es muy hondo,
son muy hondos los años, y la distancia ha escrito
leyes inexorables.
Hoy miro aquella imagen
como un dios que ha reinado
en la tierra y los cielos y no tiene
más constancia del hecho que una vieja medalla.

Árbol talado

Sobre este árbol talado se levantó una cítara.
Aquí el viento marino destrenzaba a las aves,
y las aves saltaban del trapecio festivo
de las ramas al viento. Y aquí, bajo esa cúpula
móvil, iban mis manos conquistando, uno a uno,
los botones de nácar de su blusa, las conchas
que las playas calientes de sus pechos guardaban.
En mis dedos febriles, la arena de su piel
era toda la música (cerca el mar se ponía
una rosa de sol sobre la cabellera
derramada).
Ya el tiempo de las flores ha huido,

y no está el viejo tronco, ni aquel paso de palio,
ni ella bajo sus hojas, ni está aquel corazón
que, a punta de navaja, tallamos. Y el recuerdo
es sombra de una sombra que en mi memoria queda,
cuando el sol ya no tiene la fuerza de un buen vino.
De aquel tronco, ¿se habrán hecho guitarras?, ¿alguien
talló un hermoso arcón donde aún guarda una niña
su blusa roja? Tiemblo sabiendo que el amor
engaña: la madera era buena también
para el mango del hacha

El pañuelo

El viento ha levantado la veda del recuerdo,
y en el cordel que muestra
un blanco relumbrón de prendas íntimas,
han cazado mis ojos un pañuelo de encaje.
Aunque he creído volver a hallar la mano
que un día lo sostuvo contra mi sangre en danza
sé bien que no es posible. También era imposible
una historia de amor con tan escaso hilo.

Libro de francés

Latió mi corazón por algún tiempo
en francés —junto al libro
que acabo de encontrar entre mis viejos
papeles— por aquella profesora
que ofrecía su pecho a la censura
y, hurtándolo de mí, lo pregonaba
tras el jersey aquel de mis pecados.
Tiempo de vacas flacas
y hembras huidizas donde yo era diestro
tan sólo en conseguir por los escaparates
un celemín de sexo imaginado
—oh sueño de las prendas interiores
inútilmente en su lugar descanso.
Mientras por los quioscos, la hermosa Ana María
y el Guerrero del Antifaz narraban
la historia del amor más desdichado; nunca
les dieron la ocasión ni envejecían.
Todo formaba parte de una guerra tan nuestra

como el pan que faltaba cada día —es posible
que esos frutos prohibidos me sostuvieran, y es
de justicia que ahora
reconozca la deuda.

Fui creciendo
a la sombra esplendente de esos pechos, y supe
de su cálido tacto y su dulzura
a través de la lengua de Cyrano.
Otro libro de texto más hermoso
no he conocido nunca, ni más grato ejercicio.
Aunque el torpe doctor le recetara
inyecciones de calcio a mi melancolía.

Alameda de Hércules

Teníamos la edad de la aventura
y apenas si la del entendimiento.
La casa olía a musgo y a ganado
como la pila de un abrevadero.
La mujer no tenía treinta años,
ni cincuenta siquiera. En mis recuerdos
está en la cama, inmóvil,
como una ilustración del ochocientos.
La casa olía a musgo y a ganado
y la mujer olía a sufrimiento.
El capitán que nos mandaba dijo:
«Yo termino enseguida». Y fue el primero.
Franco nos vigilaba desde un cuadro
y la Virgen María desde el cielo
que fingía el azul de las paredes.
No estaba el mundo —no, Guillén— bien hecho.
Uno a uno pasamos por su vientre
como el sol por el vidrio, sin romperlo.
La mujer no tenía treinta años
ni los tuvo jamás. Quieta en el centro
de aquella cama estaba como un buda
que expusiera a la vista sus misterios.
Uno a uno pasamos por sus muslos
y nos fuimos vistiendo.
La habitación olía a cimitarra
y nuestras carnes a arrepentimiento.
«Venid cuando queráis» —dijo al fin
la mujer desnudándose del tedio—.
Salimos de la casa, oh inocencia,
sin saber que volvíamos de tu entierro.

Noches de Kim Novak

La recuerdo sensual como ninguna. Era
—yo pecador— un acto de contrición no verla.
Parecía moverse —vientre de hurí, caderas
de balandro— al compás de una invisible flauta,
con vaivenes de cobra que a su faquir hubiera
abandonado.

Ignoro si la pasión que despertaba en mí
era amor, mas deseaba con furia las joyas
gemelas de sus pechos, su boca dulcemente
entreabierta, y sus muslos que soñaba apretados
como un cepo.

Las noches en que fue mía están
todavía en mi frente,
como los dos estamos en aquella
butaca azul. Que tantos compartieran
conmigo su lascivia, qué importa. Cerró el cine
hace tiempo sus puertas, y también
aquella novia pálida y delgada
que, sin saberlo, la dobló a mi lado,
tantas veces, con manos inexpertas,
tiene hoy marido, hijos, y un perro que le ladra
a mi mala conciencia.

Postal romana

Aquí estamos.
Enfrente alza su maravilla
de piedra el Coliseo. Nuestro abrazo
y nuestra juventud piedra parecen
de la misma cantera. ¿Cómo es
posible tanto engaño,
ciudad eterna?

Amor

Miras

los ojos de la divina.
Besas
la mano de la princesa.
Abrazas
a la ventera de la plaza.
Ay, el amor
también sigue las leyes de la evolución.

Moscardón

Como un negro presagio
por la ventana entra,
musicalmente intacto
con su ataúd a cuestas.

Atardecer

Atardece.
Color
de rioja viejo tiene el horizonte.
El recuerdo también es como un vino
bebido en otra época
y que te embriagó entonces;
luego —ya lo sabías—
el mal cuerpo y las náuseas.

Libro de familia

Padre nuestro

Ha venido hasta ti como un albatros
que arrastrara las alas,
sin fuerzas ya para elevar su cuerpo
de gigante.
Y lo ayudas a llegar a la mesa,

y le pones delante ese vaso de vino
que es todo su calor y su única familia.
Y él bebe lentamente abrazado al bastón
como a una cruz de guía, súbdito de un mutismo
que le endurece el rostro.
Tratas de acompañarlo
con palabras amigas,
palabras que conoce y lo conocen,
mas escucha pasar esos trenes, impávido,
como si ya hace mucho
los diera por perdidos. Como cargas
de profundidad caen
aquellos nombres que lo fueron todo,
en su memoria; estallan
tan hondamente que, en la superficie,
apenas si recoges los fragmentos.
La hostil orografía de su cara
busca la claridad a tientas, y sus hombros,
ayer de atlante, se derrumban
con el peso levísimo
de la luz que inaugura la mañana.
Has pretendido hacerte presente en esos ojos
donde tienen las nubes su constante hospedaje,
pero acaba cerrándolos, y te encuentras perdido
en el páramo trunco de un paisaje espantado.
Con el temblor de tierra de sus manos
se ha adentrado en un libro, mas lo arroja impaciente;
esos libros que amó, hoy le ofrecen la nada.
Así va caminando hacia la vieja casa,
esa casa en ruinas hace ya muchos años,
que él reconstruye en su memoria.
Y abre
la cerradura con un gesto rotundo
—su experiencia le dice que no hay llave maestra
como la obstinación—.
Ha conseguido
entrar, y te sonrío su dentadura falsa
triumfalmente; la vida es tan hermosa
cuando se llega a algo.
Jamás sabrás qué prótesis le suple la esperanza.

Abuelo Rafael

El padre de tu padre era un anciano fuerte
como un antiguo templo.
Lo recuerdas así, macizo y alto,

tan pesadas las manos como fardos de plomo.
Aún te parece verlo apuntalando
su inmensa humanidad con un cayado;
tú lo identificabas con la imagen
de un Juan Bautista enorme, pese a que los rumores
iban a contramano de cualquier santidad.
El abuelo comía en la mesa del patio
y no dejaba hueco para otros comensales;
delante de él la jarra descomunal de vino,
como el tronco de un árbol de topacio
que iba talando trago a trago. Luego
representaba allí su escena más dramática
usando de acerico el corazón de los presentes.
Tu madre le ponía en sus manos, más grandes
con tan corto viático, la luz de unas monedas.
Y él seguía su marcha, la pértiga al costado,
como un tenaz lancero que al andar repitiera
su posición de firme, dejando tal vacío
que temblaban las calles.
Tantas veces se había
casado por entonces —siempre como Dios manda,
es decir, enviudando— que a veces no sabías
a qué abuela besabas.
Con su muerte estrenaste entrada al cementerio,
una increíble colección de manos,
brazalete de luto y el orgullo cainita
de haber salido indemne de entre los muertos. Hoy
ignoras si te hubiera impresionado más
mirar su último gesto
o imaginarlo dentro de aquella caja negra
que viajaba en los hombros creando un animal
quimérico.
Recuerdas con súbita ternura
la sombra de aquel viejo que plantó su semilla
de endriago en tu frente antes de que la sombra
lo engullera de nuevo.

Abuela Luisa

Nadie te dijo nada, pero lo presentiste.
El cuarto estaba oscuro,
y el color de su cara era el de la ceniza;
y a ceniza te supo el beso que le diste
aferrado a la mano de tu madre.
El rezo era una alfombra que cubría el hogar;
con él se amortiguaban las palabras

y el alcohol que el abuelo consumía
sin descansar, un vaso
tras otro, como un breve oleaje
que iba a desembocar a su garganta.
El rostro del abuelo Miguel no estaba triste,
quizá ni estaba allí; alguien labró en madera
de palosanto al hombre que bebía impasible
en su rincón, para que nadie echara
su presencia de menos.
Con su hábito morado
y la sonrisa de alguien que tampoco era ella,
la abuela parecía esperar que el abuelo
dijera, esto se acaba, cuando la última gota
cayera desde el cuello de la verde clepsidra
que regía su mano.

La misa

Es domingo, y tu madre
no falta nunca a misa. Ella contempla
desde el balcón la ermita blanca como una hostia,
que el sol de la mañana convierte en almiar,
mas sabe que sus piernas no dan para un camino
tan largo, y se conforma con la misa portátil
que hace a Dios personaje
de la televisión. Su fe —lo sabes—
no reclama otro premio que salvar al abuelo;
si él es ateo, ella ganó hace mucho tiempo
un lugar allá arriba donde caben los dos.
Tú recuerdas ahora cuando la acompañabas
a la gran catedral, y era la paz un bálsamo
que ascendía a tu pecho, como las oraciones
de sus labios subían —de eso estabas seguro—
al oído de Dios.
Aquellas bóvedas
desmesuradas pesan todavía en tus hombros,
pero no pesan tanto como el gesto
de tu madre clavando las rodillas
ante la Virgen mientras su mano te ayudaba
a escribir en la frente
el signo de la cruz.
Cirios arriba,
se colgaban los ángeles de sus pesadas alas
escoltando a la imagen que, en sus brazos,
sostenía aquel niño
que tú reverenciabas, sin saber

cómo en alguien tan débil
encontraba tu madre salvación.
Nunca quisiste
ver al rey San Fernando en su cuerpo incorrupto;
antes que santo y rey,
era un muerto.
Cruzando la penumbra,
te llevaba tu madre por las pálidas losas,
y tú admirabas la policromía
de la luz en las altas vidrieras, los pilares
que soportaban las constelaciones
de la piedra, y los santos
pidiendo en las esquinas
por el amor de Dios, como los pobres
que te esperaban fuera.
Y tú salías
a la calle, y el aire te ungía los pulmones
con óleos de azahar. Toda tu infancia
está en un cantoral, hoy enterrado
en alguno de aquellos sepulcros de la iglesia
donde ahora tu madre te ha obligado a volver
sin pretenderlo.
Ignora
que la has acompañado celebrando
misa en las catacumbas
de tu memoria.

Jesús

Viste nacer a Cristo en aquel tiempo.
Su rostro reclinado;
como si contemplara con sorpresa
su desnudo de alerce, te siguió
durante muchas noches por el sueño.
Admiraste sus brazos extendidos
que abarcaban la estancia
—antes de que los clavos lo fijaran
a la cruz, aquel cuerpo tendido te dejó
la sensación del ave presta al vuelo.
Viste cómo surgieron poco a poco
los delicados pies;
las rodillas reunidas y elevadas
como doble maqueta
para un ejecutado proyecto de calvario;
los dedos sorprendidos
en sus manos abiertas; la serena

barba que sobre el pecho descansaba;
y los ojos tan dulces como el fruto
de la morera.
Viste, hace ya muchos siglos,
cómo el imaginero dio los últimos golpes
de gubia
para grabar su nombre en un costado,
y abandonó el prodigio a su muerte y su suerte.
Y Cristo nació allí. En la carpintería
del abuelo Miguel
asististe asombrado a la creación
de aquel mundo hecho hombre. Y con tu abuelo
Miguel te arrodillaste
y rezaste con él —aún era tiempo
de milagros—. Y un día, alguien que puso empeño
en salir con el Cristo en procesión,
dijo lleno de orgullo su levántate y anda.
Pero el milagro aquel lleva por siempre
la firma de tu tío Jesús, también llamado
el hijo del carpintero.

Café

Sólo olía a café en aquella estancia
de voces apagadas y esquivos carraspeos,
mientras algún sollozo dejaba oír su nota
de fantasmal acordeón, y alguna
lágrima columpiaba
su indecisión funámbula en los ojos.
Era la hora más pobre de la casa. Y tu madre
preparaba café, aquel café con posos
de llanto, menos negro que su pena.

Por selva oscura

Como el ciego

(Sì come cieco va dietro a sua guida)

I

Como el ciego que busca
una rosa guiado por el tacto,
abro la puerta y me estremezco.
Sé
que intento despertar
a seres que no son ya de este mundo
—las puertas, como los libros, nunca
dan a la misma historia—; y el amor
tiene la piel pautada como el tigre? —imposible
interpretar su música
cuando ha pasado?—, y como el tigre, nunca
se va sin devorarte el corazón.

II

Parcos indicios. Débiles burbujas
que estallan entre el aire
y mi memoria, invocan las imágenes
que debían volver y sólo reconstruyo
de esquirlas que los hados
seleccionan.
Trasunto
de aquel desconocido que me espera,
entro con miedo en el provector espacio
que a sí mismo se imita,
y me sorprende su frescura añosa
de flor artificial —junto al amor,
todo ha cristalizado
en sistemas inertes.
A mi paso
por el agua estancada,
voy cosechando el fruto
de la imaginación —sentimental
y absurda salamandra.
Y me sorprendo dentro de aquel tiempo
atrapado en el cáliz de una flor
carnívora —¿el recuerdo
nace o estaba aquí como un gusano
de seda tejiéndose a sí mismo?

III

Sobre la ira del metal, su rostro
de basilisco eleva
una canción de moda.
Y siento mi cabeza
vacía como un árbol cuya copa
agita el vendaval.
De aquellas viejas brasas no ha quedado
ningún calor; el que hoy experimento
sólo es un sucedáneo.
El estío no puede reproducir las garras
del jaguar. Y la vida
miro a mi alrededor —muchachas como
los maniqués de un escaparate
me contemplan sin sexo—
con la extrañeza de alguien
a quien acaban de trasplantar el corazón.

Por selva oscura

(Buiò d'inferno e di notte privata...)

I

Una luz peregrina
desempolva la barra
del bar con su bayeta soleada,
incendiando el alcohol
y las manos —el hielo de los vasos
brilla como los ojos
del lince—, y ascuas nuevas
procura al cigarrillo
que enciendo para darme compañía.
Un resto luminoso se reparte
por el recinto en círculos concéntricos
cuyo claror perfila algunos rostros

como sombras chinescas,
mientras suena monótono
el gorjeo del whisky.
Dos fantasmas
se entrelazan danzando sobre la pista, ajenos
a la música, en manos de una música íntima;
únicos habitantes de la tierra.
Aseguran los sabios que el amor
es un mero producto de la termodinámica.
Qué buena explicación para el olvido.

V

Por tutear a mi extravía
pido vino del año, de aquel año
—cosecha del ochenta y dos—,
y compruebo que el tiempo, el mismo tiempo
que apagó un gran amor, crió un gran vino.

Mujer de negro

(che parve foco dietro ad alabastro)

I

La luz se ha vuelto intensa con la entrada
de una hermosa mujer
—quizás tan sólo joven ¿pero cuándo
la juventud no ha sido hermosa?—,
y sus piernas se muestran,
al contraluz, desnudas.
Ya por costumbre o por curiosidad,
sosegado el deseo, admiro bajo
la seda negra de su vestido de viuda —galas
de luto que anticipan la pronta muerte de otro
amor eterno— el rápido dibujo
e imagino el goloso

milano que se oculta entre sus muslos.
Y una mirada —oscura
pedrería que no gastó en el sueño—
pasa sobre mi rostro como la luz de un faro.
¿Quién es esta doncella que desprende
a su paso el perfume de los lacrimatorios?
Yo, que nunca he creído en los milagros, dudo.
¿Tienen los recuerdos su doble en el futuro?
Como un sueño se repite el pasado;
imposible apresarlos con los ojos abiertos.

II

La mujer se ha sentado en el extremo
del salón —mi memoria
insiste en aplicarse a su designio
de vieja celestina—, y de un bolso, que finge
el charol de sus ojos, extrae una furtiva
pitillera de nácar; que se abre
como una ostra confiada. ¿Fuego?
Pero ¿cómo emprender de nuevo ese camino
que me llevó a la pira? Ingenua excusa:
en el dudoso altar de lo posible,
es imposible que triunfe un muerto.
Y el mechero se enciende como un feliz diamante
que ilumina sus manos.
Replegada
sobre su propia placidez, parece
decidida a saltar muy dentro de ella misma.
Mas se detiene alerta como un gato, y levanta
un mano de uñas recortadas
—tal vez para más daño,
como las escopetas de los atracadores—.
Y el camarero entiende el breve gesto:
una mano en el aire
siempre anuncia un naufragio.

Pobres desamparados

(Coi piè ristetti e con li occhi passai)

I

La reclama el reloj; la tarde apenas
moviliza sus sombras. La mirada
de la mujer se junta con la mía
en la pared, donde circula el tiempo
como el mar por un ojo de buey. Y en sus labios
—dulce botín que al delincuente aguarda—
se mustia una sonrisa mientras el café agita
su ancha cola de insomnio por el aire.
Ella espera,
está esperando a alguien. Y tiemblo imaginando
dos cuerpos apareados bestialmente, como
tanques en el fragor de la batalla.

Lo que dura un suspiro

(Ciò che non more e ciò che può morire)

II

La mujer
escruta pensativa
los posos de su taza de café,
como si allí estuviera
leyendo su destino, acompañada
en su presente soledad de autista,
por algún aura amiga.
Y se levanta,
y consulta nuevamente el reloj
con la ansiedad de quien consulta
a un oráculo —en su camino deja,
como las vírgenes de romería,
olor a incienso y pólvora.
Un instante tan sólo
—lo que dura un suspiro

o un gran amor— me mira con sus ojos
negros como la piedra de la Caaba.
Y aún puedo
demorarme en su cuerpo —qué armonía
y qué eterno desquite si así fuera la muerte—,
y gozarme en los muslos cincelados
bajo la falda transparente, antes
de que el tiempo —ese endriago
egoísta que rapta lo que toca—
la convierta en un nuevo
mito.

Lo vivo y lo soñado

(uno manendo in sé come davanti)

El camarero borra
las huellas en la mesa del rincón
mientras las manecillas del reloj perpetúan
su infructuosa esgrima.
Y a mí ya no me queda de aquel tiempo
más que el sabor del vino
que aún paladeo lentamente.
Pago
lo vivo y lo soñado con dos monedas turbias
que sobre el viejo mostrador me miran
como los ojos de un ajusticiado.

Álbum de seres perdidos

Casa de citas

El reloj que el vestíbulo preside ha dado ya todas las horas; su rotunda esfera sólo repite un tiempo pasado. Aquellos que acudían a remediar el miedo con la probada pócima de la lujuria nunca imaginaron que las agujas de esta gran ruleta ya señalaban el final.
Como libros abiertos donde el ojo columbra simetrías y blancos algoritmos, los camastros despliegan su inocente rebaño por las habitaciones de la casa y el cuerpo de los amantes agavillan. Nadie sabrá jamás su número;

sólo el aire recuerda a quienes desnudaron su lascivia en busca del maná prohibido, previo pago de unas monedas. Rostros que la luz atraviesa difícilmente; armeros donde descansan abatidos penes su pírrica victoria; y amapolas exhaustas que las sábanas en infantil terruño convertían. Las dulces odaliscas pulían su hermosura en los espejos, sin conocer que lirios y gusanos se apareaban en sus aguas. Nada sabían del endriago que, en silencioso parto, la belleza tullía con la asistencia del mercurio. Estampas descolgando de un azul perentorio sus arcángeles míseros; primavera —unas veces consumada y otras puesta a secar como un viejo quimono— que sería difícil deslindar del vacío. La casa huele a batalla dirimida, a coito desahuciado; y un cónclave de sombras dibuja en las paredes el escorzo de los desbravadores que el sol tomaron por asalto, ignorantes de que no existen brasas más arduas que el deseo para el olvido momentáneo de la muerte. Y adquiere cada rincón su dimensión exacta en las habitaciones de esta casa de citas donde objetos y rostros recomponen su imagen —cristalizando un aguerrido instante— para el aciago bodegón del tiempo.

Culpable

Con la desagradable sensación del reo que su crimen desconoce se ha encontrado en la calle.

Nadie intentó detenerlo; incluso fueron sumamente amables, pues le ayudaron —sin demasiado éxito— a eliminar las huellas. Y ahora sigue sintiéndose acusado de un oscuro delito por ese sucio dedo, el mismo que dio fe del individuo —con evidente cara de culpable— que muestra su carné de identidad.

Suicida frente al mar

Más allá de esa línea que corta el horizonte, en un mar legendario que se extiende poco antes de llegar al estrecho de Bab-el-Mandel, entre los grandes arrecifes de coral submarino, dicen que viven miles de hambrientos tiburones.

Qué perfecto final —y sublime emoción— bañarse en esas aguas algún día, hasta hacer realidad lo de mar Rojo.

Retrato de Guzmán el Bueno

Cuentan los cricones y confirma un añejo privilegio real, que don Alonso Pérez de Guzmán —enjuiciado por la historia de España como El Bueno— recibió de su primo don Sancho las llaves de la villa de Sanlúcar de Barrameda, en pago a su lealtad y al gesto que le dio sobrenombre. Algunas veces es de admirar lo que hace el aire con el hierro de los

cuchillos.

Entierro de sor Candelaria

A Manolo Vidal

Hoy se ha abierto el convento. Se oyen cantos con un rumor de manantial, y tras las rejas que el coro aíslan con su meridiano de orfebrería, brillan las tocas como lunas a la trémula luz de los cirios.

Gira la tierra muy despacio ahora que la misa ha terminado, y sólo se escucha una campana como un gran corazón que late en lo alto de la torre. Una fuente mezcla en la miniatura del jardín los oros de la tarde mientras el ataúd llega hasta el nicho abierto en la pared como el nido de un ave. Y todo el cielo toma el color de un ala de libélula cuando Sor Candelaria la clausura abandona, por el mismo camino que el perfume del azahar que tiembla en los naranjos.

Tiburón

Este corsario de la mar que exhibe el triángulo divino como pendón, y esconde bajo el agua tranquila el cepo archidentado de sus mandíbulas, recuerda a ciertos críticos literarios.

La mulata

La mulata que vino de Colombia viste de añil y la conocen todos por la esmeralda que en su cuello luce y las caderas que maneja al son de una marimba que en el pecho guarda.

Llegó de su país viajando por los aires, hechicera y urgente, con el carné vencido, la carne vencedora, y en la memoria ocultos los puntos cardinales.

Le dijeron que Europa, y aterrizó en Europa con un morral de sueños y esperanzas, la pulpa de la caña de azúcar en su boca.

Ya todos la conocen, con su vestido añil, su esmeralda, el azúcar de su boca y el son de la marimba en sus lentas caderas.

Si a nadie ha dicho nunca qué ha sido de sus sueños, de su esperanza dice que la conserva entera en el mismo lugar que escondió la esmeralda al pasar la aduana por donde entró en Europa.

Oración del arrepentido

Padre, perdóname. Era tu última voluntad, y no quise cumplirla. Fue tu largo sufrimiento mi culpa, y no por convicción, sino por miedo.

Hoy pienso que lo haría, pero es tarde.

Ahora lamentaré toda mi vida no haber sido acusado de homicidio.

Bajo las cúpulas doradas

Pruebas

Un hombre en la ciudad
de Uruk, hace unos cuatro
milenios inventó
la rueda; otro inventó
la fundición de los metales;
otro el barco; y aún otro
la cerveza.

También
hubo alguien que inventó
la escritura.

No pueden
negar su culpabilidad.

Cabeza de rey acadio

(2.300 a.C.)

Esta cabeza hecha de bronce,
retrato del monarca
acadio Naram Sin, no tiene ojos.

Se dice que en sus cuencas
se incrustaban dos piedras
preciosas, y que fue
la codicia el motivo
de su ceguera.

Puede

que fuera así, mas no conviene
olvidar que los reyes
anteriores a Cristo conocían
—gracias a su divina
estirpe— el porvenir.

Puertas

En Berlín,
muy cerca de la Ópera, en la Isla
de los Museos, se halla
el de Pérgamo; en él
se conserva la prodigiosa puerta
de Ishtar.
Mas no espere un milagro;
por esa puerta nunca
llegará a Babilonia.

Poema de Enuma Elish

Si se observan
atentamente estas tablillas
de barro, se descubren
los diferentes signos
con que se relatava en otros tiempos
la creación del cielo y de la tierra.
Mas nada entenderíamos
sin los sabios que han ido traduciendo
a nuestro idioma esa escritura mixta
de herida y pictograma.
Por ellos conocemos
que las tablillas cuentan cómo
—al igual que al añoso manuscrito—
nos crearon del barro, y que los dioses
nos concibieron —como era
de imaginar— para su beneficio.
Pero, aun ignorando
lo que explica el escrito
de Enuma Elish, esos caracteres
nos dicen que hubo un mundo
habitado hace siglos, y que, al menos,
había un hombre que soñaba. El resto

configura el misterio,
es decir, el poema.

Tocado

(2.500 a.C.)

Con la reina Shubad
de Ur, dieron sepultura
a cincuenta sirvientes y a sesenta
y ocho sirvientas.
A ellos
los enterraron con
sus cuchillos, y a ellas
con sus mejores galas.
Mas ni los hombres con sus armas,
ni las mujeres con sus aderezos,
detuvieron las manos que a la reina
ultrajaron robando su tocado
¿o vengaron su muerte
—la suya propia— no
defendiéndola?
El caso
es que —fuera impotencia
o venganza— ese hermoso
tocado de oro y entelequias hace
años que es exhibido
como un trofeo anticipado
en la Universidad de Pensilvania.

Puente de los suspiros

Oriental

«A millares caían pétalos de azoteas y balcones.»

(M. M.)

En verano esta plaza
de Santa Cruz ardía
bajo los candelabros
de limoneros y naranjos. Médula
de agridulces callejas
donde la luna modelaba el cuerpo
adolescente del amor en fuga,
mientras la cruz de hierro
remataba su forja
con la nocturnidad de los suspiros,
y el azahar caía como nieve sonámbula.
Desde el álgido azul tiembla el pasado,
y en mis hombros se abate
como un alud que todo
lo sepulta.
Cleptómanos
de paisajes, transcurren orientales
taimados, disimulan,
cámara en ristre, su trabajo
demoledor, y se disuelven
en un quimérico horizonte.
Alguna
nube deshilachada
puesta a secar sobre las azoteas,
completa el decorado
del lugar, y el sahumerio
de otro tiempo, habitante
letal de mi memoria,
embalsama el cadáver de la plaza,
donde —en traje de calle— Madam
Butterflay se retrata
bajo la cima de un volcán en flor.

Lección de amor en los jardines de Cristina

«...que engañan dulcemente la esperanza.»

(F. H.)

Magnifica los ojos, luego ahueca

la ancha sonrisa y mira dulcemente
—la miel de ayer libando en el presente—
recogida y feliz como una clueca.

Tiembla su cuerpo de princesa azteca
bajo la ajada lumbre de poniente,
y me atraviesa el pecho arteralmente
cuando frunce sus labios de muñeca.

Segura ya del goce presentido,
estipulado el posterior romance
en la caliente intimidad del nido,

diseña un beso cálido y volátil
mientras cierra los ojos, como en trance
y se guarda el teléfono portátil.

Lecciones de historia

«...la historia colecciona pálidos nomeolvides.»

(M. B.)

En la primera clase me aprendí
sus trenzas de memoria.
Y atado a aquellas trenzas,
amé a Helena de Troya,
a Cleopatra, a Popea
y a la misma Victoria
de Samotracia —a ésta
más fácilmente que a ninguna—. Todas
llegaban con el rostro
de aquella niña —la divina Aurora.
De otros mil vacuos personajes
nos explicaban oxidadas glorias,
mientras el aula se inundaba
de tibias luces y de arteras sombras.
Qué me importaba a mí que Carlos V
vaciará su clepsidra gota a gota,
o que al Gran Capitán no lo ascendieran

a coronel, si no tenían novia.
Mi lección repetida fue su cuello
y, a veces, sus pestañas melancólicas.
En clase no aprendí ya demasiado;
aquella primavera aún no era historia.

Primera vez

Quiso el azar que se llamara Eva,
mas no culpo al azar de que sus gestos,
graves y comedidos, provocaran
en mis cinco sentidos un incendio.
Con la copa en la mano, distraída
jugaba en la ruleta de su asiento,
y sus rodillas fueron a enfrentárame
con la resolución de un manifiesto.
Yo contemplaba absorto aquel prodigio
como un sabio a la orilla del misterio,
y la mujer me sonrió despacio
desde todas las cimas de su cuerpo.
Luego aceptó mi torpe invitación
y pidió otro coñac, deshecho el hielo,
y me encontré girando dulcemente
en el tiovivo de sus ojos negros.
Si era la tentación, subí con ella
sin recordar siquiera el Padrenuestro.
Cuando bajé del carrusel, la noche
se iba desenredando en los espejos,
y ella cantaba pregonando al aire
las manzanas mordidas de sus pechos.
Ni fue un pecado original, ni Eva
quiso cobrarme con remordimientos,
que todavía, al recordar sus muslos,
se me alegran los malos pensamientos.
Me confesé porque era la costumbre
y, he de reconocerlo, por el miedo
a que fuera verdad lo que decían
del infierno los curas del colegio.
Mi limpieza de alma, por fortuna,
no alcanzó a disolverme los recuerdos.

Puente de Triana

Frustrado Ulises, vengo
al puente de Triana
a mirar cómo el agua
zarpa hacia ayer, sin otra embarcación
para la travesía
que la de mi memoria.
Y el cactus del recuerdo con sus púas
dolorosas, me apresa;
consuelo al que me presto
como quien martiriza
su corazón con un puñal de oro.

Trastevere

No supimos entonces
que aquel barrio de Roma
era tan sólo el negativo
de un recuerdo —Trastevere,
milagroso y nocturno,
con su lujoso elenco de muchachas
hermosas—. Y tampoco
comprendimos que aquel mesón abierto
hasta el amanecer, era una flor
carnívora.
En el aire
se desmembraron risas y canciones.
Y en la memoria fueron corrompiéndose
los melodiosos cuerpos
que aquella noche nos amaron; y hoy
reclama más espacio que las férvidas
mozas, la vieja que vendía
avellanas con su ropón de luto —el vaticinio
que nadie vislumbró.
No quedó nada
de quienes fuimos, nada.
Y es inútil que trate
de restaurar aquellos cuadros; nunca
vuelve la juventud por sus difuntos.

Incursión nocturna por la orilla del Sena

Brilla París y el cielo se amamanta
de frío antiguo y ánimas en pena.
La sombra echa sus cartas por el Sena
y, en Notre Dame, una campana canta.

La tour Eiffel, que cerca se levanta
sobre una inundación de luna llena,
sorprende a un Poseidón y a una sirena
que hacen verano a bordo de una manta.

Es la hora del amor, y es primavera,
mas frente a los devotos de Cupido
llevo mi corazón como a un extraño.

Y al hotel vuelvo —donde no me espera
nadie— por pont de l'Alma. He comprendido
que el amor de los otros me hace daño.

A Paul Éluard

«J'ai vu les plus beaux yeux du monde.»

(P. É.)

Yo he visto florecer la primavera
sobre tu cuerpo, allá en París. Llovía,
mas en tu humilde fosa se encendía
aquel rojo rosal como una hoguera.

Sin otra laude que la tierra entera,
el jardín de tu pecho aún ofrecía
rosas de sangre. ¿Qué milagro había
hecho que tu abandono floreciera?

¿Acaso la mujer que conociste
como «los ojos más bellos del mundo»
sembró el pobre rincón donde reposas?

En un gesto de amor hermoso y triste,
tal vez soñó tu corazón fecundo
preso de las raíces de sus rosas.

Acogida

No un niño; toda una familia
acogimos en casa
aquella madrugada.
Ellos viajaban
en un carro camino de quién sabe
dónde. Y nos parecieron,
más que tristes, la propia
tristeza.
Ella exhibía
la nube de un vestido
de novia; él con su terno
nuevo se levantaba
a su lado como un pilar que el cielo
sostenía.
Los hijos
aparecieron luego con su pan
bajo el brazo. Y crecieron.
Jamás hemos sabido
sus nombres.
Conocimos
que la madre cumplió
setenta años, o quizás
ochenta, cuando el padre
tendría algunos más. Después sólo ellos
saben lo que pasó. No recibimos
nunca una carta, nada.
Tampoco de los hijos
conseguimos noticia
alguna.
Sus retratos,
los que una madrugada
de copas rescatamos
del carro que viajaba al vertedero,
sí nos escriben cada día —desde
la tumba de cristal donde reposan—
un telegrama de lo que es la vida.

Regreso

Cual si Vermeer hubiera
abierto una ventana
en medio de la noche, pude verlo.
Volvía de muy lejos,
y llegaba cansado.
Me acerqué
a besarlo. En sus ojos
reconocí una cierta
angustia. Mas ninguno
de los presentes quiso hablarme de ello.
Sé que una muestra de cariño
suele arreglar las cosas.
Y así fue una vez más.
Mi padre
olvidó su cansancio y su tristeza,
y me pasó la mano por el pelo
sonriendo; su típica manera
de agradecer mi gesto y de decirme
que aún nos quería.
Lástima
que la vida no ofrezca casi nunca
la convincente realidad del sueño.

Pasión y muerte de Luis Rosales

«...una sierpe de arena por el rincón oscuro.»

(F. G. L.)

Abrió los brazos regalando el pecho,
y sus ojos, tras el cristal, brillaron
como dos mariposas
azules.
Frente a él, embozados,
unos hombres movían racimos de fusiles
y palabras soeces. La luna enjalbegaba
el cuadro, y hubo un punto
en que se hubiera dicho

que Goya intervenía en la composición
de la escena, tan blanca relucía
la camisa del inculpado.

Luego

los agresores, y el mismo Luis Rosales,
estallaron de luz. Y todo quedó quieto
—dibujado por cientos de bujías
el momento.

Caía como un roble talado
el cuerpo del poeta, cuando los brazos de alguien
que con la oscuridad se enmascaraba,
frenaron la caída.

Y en el silencio agudo de la noche
se oyó una voz que dijo: Perdóname Luis.
(En la casa del muerto, los niños perseguían
una sierpe de arena por el rincón oscuro).

La campana

A José Luis Núñez
(Espartinas, 8 de mayo de 1980)

Cirias de sol están las cales; dan
su inútil combustión a tu llegada.
La primavera vino equivocada
esta mañana ¿y no la detendrán?

Cristos de ti, nuestras espaldas van
llevando tu sonrisa amortajada
—es una larga luz envenenada
la calle, y cada piedra un alacrán.

Bajo el azul brutal del medio día
insiste en su mecánica elegía
la campana, sin más pena ni afán

que dar por cierto el hecho consumado.
(Espartinas, como un barco incendiado,
se fue hundiendo contigo, capitán).

Suicida en la Giralda

Del árbol de la fe, fruto sombrío,
miró a mañana, y de esperanzas falto,
meditó en la hermosura de aquel salto
y nombró emperador a su albedrío.

Nunca se pudo imaginar tan alto,
ni imaginó tan alto escalofrío;
arriba un sol de oro, abajo el río
como una larga sierpe de cobalto.

Quiso apurar la copa de la vida,
y en una silenciosa despedida
atravesó la luz de parte a parte.

Y puso colofón a su tristeza
con el paso fugaz por la belleza,
en la más radical obra de arte.

Despedida

Presidía la mesa una botella
de buen vino. Sentado
enfrente, como el mago
a quien sólo faltara un gesto último
para desvanecerse ante mis ojos,
Manuel Vidal bebía lentamente
mientras la luz del día
sobre su piel se desangraba.
Él
nunca fue partidario de las prisas
en nada y, mucho menos,
en el rito sagrado de beber
con amigos. Y éste era
el caso. La ocasión acompañaba,
y el vino, ya lo he dicho, era un buen vino,

aunque no tanto como la hora
requería —no existe
ese vino capaz de acompañarnos
en algunos momentos.
Y bebimos
despacio, sin que apenas
una palabra interrumpiera
la que sería nuestra última
conversación.
Después nos separamos
—cada uno se fue,
al menos de momento, por su lado.
Hasta mañana, si Dios quiere, o
pensándolo mejor, si Dios existe.

Dibujado en la nieve

Imagen

(El origen del mundo, de Courbet)

Cuervo feliz.
Bebe en el río
de la vida o descansa
en su nido.
Estación
dichosa entre la nada
y el caos.
Vocalista
de la sangre; eventual
lazarillo.
Se droga
con la costumbre.
Acoge
el placer boquiabierto.

Uñas

Herramienta de tigres, emparentan
el alarido y el amor.
Se cumple
en la piel su destino.
Espalda abierta
a la música; piano frente al lago
de la lujuria.
Extravagante fósil,
desencadenador de la ternura.

Claudia

Claudia era salomónica de cuerpo,
y de alma ingenua.
Te graduaste de alfarero;
quién rompía una obra tan perfecta.

Ángel

Existe.
Tú podrías
dar fe.
En silencio; replegadas
las alas; la cabeza
principesca. Omniscientes
e inocentes los ojos.
El cabello
descendiendo hasta el valle
de la cintura como catarata
de doblones.
Semejante a una puesta
de sol o a un sacrificio
de sangre.
Deslumbrante.
Mas apenas llegó,
se abrazó a un tipo sórdido
y se fue.

De un corazón tallado

El amor guarda urnas
en la corteza de los árboles.

Prehistóricos
senderos que el sepelio
arroparon.

Navaja
que brilló al sol unos instantes,
como los deudos que al entierro
acudieron; aquellos que algún día
fueron dioses, y lo han
olvidado.

Las sombras permanecen
como desamparados inquilinos
que indagan en la luz
de ayer sin encontrarse.
Sólo la noche alivia la ceguera
de esos espectros vanos
haciéndolos partícipes
de su filme ecuménico.

En el tronco
de aquel árbol fue el crimen, donde hoy
hacen sus procesiones las hormigas.

Puesta de sol

Sostiene el sol su peso en la colina
junto a la mar que estiba
el oro de la luz.

Y las guedejas
colman su alrededor
de salmos irisados.

Quebradiza
alocución frente a la dictadura
regia.

Plata batida,
el mar se va llenando
de espadas
mientras el horizonte se desangra.

El silencio se alía con el último
rayo.

Y la claridad
se tiende en la colina como un perro
que poco a poco se confunde

con su sombra.

Libro

Nocturno gavián.
Nido de abejas
y mieles.
Ladronera
sin fondo.
Natural
de Babel.

Cañaveral

Las delgadas doncellas se abanicán
con el perfume de los rododendros.
Y el aire ceniciento rompe el muro
que levanta la arena.
Pura esencia
para los ojos; plano dividido
en miles de obras.
Lejos
silba un tren o su imagen.
La memoria
escoge entre otros cuadros
La rendición de Breda.

Envejecer

Sea por terapia o caridad, algunos
dicen que envejecer tiene su encanto,
mientras otros respaldan su negocio
asegurando que la arruga es bella.
Y sin embargo, bien sabido es
que los años agostan lo que tocan,
y que no existe arma tan terrible
para congoja humana.
Aunque, a veces, el tiempo tergiversa

sus efectos, al menos momentáneamente, mudando, por ejemplo, en clásicos los versos, y los vinos en generosos.

Hoy
pudiste comprobar una vez más
tan sibilino proceder;
aquella hermosa niña
que un día —hace ya siglos—
te rechazó altanera,
volvió hacia ti sus ojos con ternura.
Mas no te engañas: sólo agradecía
que aún fueras el guardián de su belleza.

Raíces

Condenado a la tierra,
tan sólo el sueño alude a un más allá
verosímil.
En tanto las raíces
arrastran hacia el fondo,
desamparando la fotografía
y obligando a crecer al negativo
en las sombras.
Menesterosos seres
que tierra adentro orientan
sus pisadas, guiados por el hilo
de una vaga esperanza.
Ni siquiera las aves,
que el cielo colonizan,
se salvan: su raíces
sembradas en los ojos
del cazador.

Ordenador

Se ha metido en tu casa.
Y ya no hay forma
de expulsarlo.
Este ser
fabricado de óxidos
y metales innobles,

se ha metido en tu casa y adivinas
que ya no saldrá nunca.
Por si fuera
poco, también sospechas
que será este individuo
desangelado quien encuentre
a Dios.

Lluvia

Tal vez sea triste, pero amas
la lluvia y contemplar
cómo desciende ese telón
de flecos extenuados,
esa frescura salvadora, esas
manos exangües, derramándose
sobre la tierra.

Niebla
acurrucada que se despereza
cayendo; compañera
del frío; epitalamio
para el viento y el agua.
Cisne erguido que deja
caer su frente silenciosa
sobre tu hombro.

Jarrón

Daltónicos
son los colores que la luz
enreda a veces.
Este
azaroso jarrón
cuyo futuro en rosas
vislumbró el alfarero, desvanece
poco a poco su pátina.
Una historia
menos desamparada ofrecería
si un desmedido gesto
hubiera transformado
en rápido estampido
su arcilla,

mas la esquila
de una fotografía en blanco y negro
corroborra su humilde
condición.
Y ya nadie
podrá alterar su sino.
Un hermoso jarrón,
en él cenizas.

Réquiem

Auscultas esa cuerda
o corazón tensado, que por dentro
te ahorca,
mientras el aire se alza
en infinitos nudos minadores.
Hermosa
desolación vernácula
que las esferas guardan
en su memoria; fértil
alcancía de huérfanos arpegios
exaltadores del suspiro.
Mozart
edifica una música
celestial que agasaja
y penetra, contra natura,
el alma.

Adverbios de tiempo

Hay niños en las gradas
del portal. Serafines
de un instantáneo paraíso,
miran de frente al mar
sin prestar atención
a sus murmuraciones,
se ríen de la vida, es el mañana
una continuación sin añagazas
de hoy.
Se les nota
la impaciencia en los ojos,
y el ímpetu en los brazos

que agitan preparándose
para volar.
La arena
de la playa es un pródigo racimo
de adolescentes que, entre gritos
de alegría, saludan a la vida,
bajo el instinto precursor del próximo
placer.
Ellas exhiben
graciosos tatuajes como joyas
en la cintura; ellos
un bozo cultivado, y en las piernas
un aguerrido vello
sin cultivar. Mañana
es un tálamo de oro,
abierto el abanico de los goces.
El día huele a fruta
y a bronceador mordido.
En el quiosco
de prensa, una mujer
madura sermonea
a un tipo que, sentado en el pretil
del paseo, contempla
con ojos codiciosos a las chicas
que avanzan con sus pechos al galope
buscando el mar.
Caminan
dos viejos junto a ti,
hablan de sus achaques
y manosean el aire como ahogados
en ciernes, con palabras
que, en ellos, suenan a extranjeras
—colesterol... glucemia... triglicéridos...—.
Bajo sus gorras de labriegos,
los rostros renegridos
y una bestia en acecho más oscura
que su piel.
Y te miras
dentro. No falta nadie;
ninguno de ellos, ni siquiera
ese animal oscuro.
Y todo ocurre
a un tiempo, el mismo tiempo,
ese que ayer pensaste sucesivo.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

